



Se realizó el X Coloquio de la Cátedra
Creatividad y Valores "Alfonso López
Quintás": La Cultura y el Sentido de la Vida



LITERATURA Y SENTIDO: UN VIAJE AL FRAGMENTO

JOSÉ ANTONIO FORZÁN (AR) / 29 de agosto de 2012

“Mientras se encamina tortuosamente a hacerse absoluta, la literatura coincide con el satanismo en una pasión común, en un pecado que sólo los más grandes teólogos han sabido acoger entre los más graves: la curiosidad.”

-Roberto Calasso, *La ruina de Kasch*

0.

La literatura me ha enseñado más de lo que yo he podido enseñar sobre la literatura.

Quizás con Schopenhauer hay que decir que la mejor forma de adentrarnos en el arte es a través del ejercicio de la voluntad. Leer es ya un arte en estos tiempos de la inmediatez y de la dinámica de la interrupción.

A continuación, un cúmulo de ideas, que se entretelen para reconstruirse, para pensarse. Como lo que es la lectura: una búsqueda de totalidad perdida en los fragmentos, un hilvanamiento de nombres, de pasajes, de historias, que nos ayudan a reconocernos, a negarnos, a destruirnos, incluso.

Que el libro es un referente, un compañero, es verdad. Y por ello, quizás, tantas veces se le niega o se le desprecia, por la seducción del otro que no acompaña, sino que somete, que no nos procura el encuentro, sino la manipulación.

La lectura, en el momento, nos enseña lo que se le puede responder al destino y a las sombras del sentido en uno mismo.

1. Del sentido en lo narrado

En tiempos como éste, tumultuosos, encriptados, manifiestos en lo caótico, los hilos se pierden. Se desperdicia el tiempo en la simulación, en la farsa. La ficción, la mala ficción, se vuelve en lo cotidiano. Un maleficio se cuela entre la vida y la muerte de los hombres: el engaño y su premio.

Nos engañaron. Los buenos no ganan. Al menos no en este mundo. Lo sólido, lo sabemos, se desvanece en el aire. Por eso la búsqueda se vuelve letra, cuento, historia. Y se apelan a los valores profundos, a lo que endiosa a la mitología. Y nuestro mundo de lectores se enfrenta a la teodicea de los textos.

Estamos perdidos ante el abismo de la multiplicidad de historias. Encontrar una, es encontrar el hilo que nos saque del laberinto del minotauro. Por eso hay que emprender la marcha. Aunque sea por fragmentos que quedan en el bosque como las migas de Hansel y de Gretel.

La cabaña del bosque está ahí, como la morada de la bestia.

2. Literatura y acercamiento

Desde dónde, pues, tomar a la literatura. ¿Existe una metodología única para ello? Desde luego que no.

Los que nos educamos en este país, en aquellos tiempos en que la literatura se apreciaba un poco más de lo que ahora se aprecia, nos enfrentamos a un método ordenado, quizás demasiado sintético, cronológico. Una gran radiografía, o mejor, una toma a distancia de la literatura.

Así, procuramos hacernos de una suerte de canon literario. Quizás no con la puntualidad de Harold Bloom y desde luego sesgado por el carácter propio del docente y de los programas de estudio.

Descubrimos de esta forma los nombres de aquellos que confieren a la literatura una organización prácticamente unívoca en México y el mundo occidental. Algún tema descarriado nos encontró con el Ramayana y algo poco más de la literatura oriental. Pero el discurso se centraba en occidente, en nuestro país.

Desde luego, por la cuestión de los programas de estudio, este recorrido no permitía la visita, sino esporádica y por decisión del maestro, de los contemporáneos. Si descubriéramos algún best-seller era gracias a nuestros padres.

El gusto por la lectura quedó en mano de los clásicos, pero sobre todo, de los maestros y su impacto en nuestras vidas.

3. La lectura y la temática clásica

Hacerse lector así, desde luego, tiene sus ventajas y sus desventajas.

Nos permite una panorámica general, muy de antología de los temas universales. Eso también es importante. ¿Qué nos gustaba? A mi hermana, lo he repetido, la novela de detective. A mí, la poesía satírica que encontraba en El nuevo tesoro de la juventud.

Leer por tema es otra elección. Desde luego, son los grandes tópicos que podemos apreciar: la ciencia ficción, la novela histórica (híbrido en boga en nuestros días), la novela de terror, el cuento, la poesía, lo erótico, lo histórico, lo filosófico y un amplio etcétera.

Hay algunos que caen para su buena fortuna en el tema de su elección al primer acercamiento. Caer y no moverse. Si quieren, obsesionarse, pero encontrar una forma, un tema, incluso, un autor que nos complemente ya es en sí una maravilla, una posibilidad de línea de lectura insuperable.

Elegir, pues, un tema, nos permite adentrarnos en las profundidades de una vertiente que podríamos aprovechar.

4. Tiempo y narración

No hay tiempo si no hay narración, de lo contrario es repetición cósmica. Dice a bien Eliade que solo existía el tiempo sagrado y el profano. En medio de ellos, el entretenimiento, como algo distinto, distante. Lejos de los dioses y la mundaneidad. Lo que estaba en medio.

El tiempo se manifiesta como el origen de la historia y el rencuentro con lo sagrado perdido: la religión, el *religare*. Por ello. La laicidad de la literatura

hace que no se encuentre ese tiempo, sino que se manifieste un continuo entretenimiento. Ni sagrado, ni profano.

Habría que sustentar, por ejemplo, los twitt como narración para encontrarles un sentido. O la totalidad del sentido. Porque algo ha construido occidente: la lógica de la totalidad como algo supremo, máximo en sus alcances, como un recurso universal.

Barthes critica la totalidad. Es el cierre del poder, el dominio absoluto de lo insondable. ¿Existe la totalidad de la literatura, del tiempo, de la narración? ¿Cómo se manifiesta en el texto, en el fragmento, en lo ilegible?

La narración que imprime sentido se construye y se adivina, en un juego continuo entre el saber y el no saber del tiempo.

5. La literatura como rapto

Habría que explorar una nueva frontera. O una esfera de siempre. Nos recuerda Roberto Calasso que la literatura es un rapto. Así como surgió la cultura del rapto de Zeus a Europa, nosotros también somos poseídos por ese algo que nos dicta, por ese otro que nos sumerge en la textura de la página o en las teclas del ordenador, para hacer presente lo intangible.

Y leemos, dejando suelta a *la loca de la casa* para esparcir nuestro momento en lo que no es, pero ahí está. Como un ejercicio de meditación que nos encuentra y que nos define. Nos defiende y nos sucumbe, frente a lo urgente, al mismo tiempo

Estar pero yéndonos. Estar con un pie en tierra y otro en el infinito. La lectura que nos sumerge a lo que podría ser, a lo que es, y que nos cura de las realidades más extrañas y amorfas que lo cotidiano consagra en la vitalidad de lo imposible.

6. Sacrificio y conjuro

En la literatura se conjura el sacrificio. El autor muerto, los estilos muertos, los géneros muertos. Y el sacrificio de entregar lo dicho al quizás,

a la interpretación pronta, a los sentidos desbordados por una semiosis ilimitada.

Juego de espejos en el que se reflejan los personajes, los escondites, los pasajes. Se encuentra el lector y se desencanta ante el espectro del autor. Las sombras que lo narran, los cuentos que conjuran a la vida y que nos permiten seguir viviendo.

Somos sombras, tempestades, sueños, nombres. Shakespeare, Lope, Saramago. Hay personajes que nos trae la historia y algunos que pertenecen a sus propias narraciones, historias, ficciones. ¿Dónde queda el autor tras la lectura, tras la escritura?

Pasajes de un estilo que marca, como señaló Barthes en sus tiempos. Sacrificios irre recuperables cuyas sombras no alcanzamos a vislumbrar, como nos hace sentir Calasso.

Conjuros que somos y profetizamos ante la página que se gobierna enunciándose y enunciándonos.

7. La literatura y el viaje

En *Planilandia* los viajes son hacia otras dimensiones.

En *El Principito*, hacia otros mundos posibles.

En *Gulliver*, hacia las utopías y distopías.

Toda la literatura, toda obra literaria, es un viaje hacia la posibilidad de uno mismo.

No solo son mundos posibles, como los concibe Bruner: posibles respuestas a interpretaciones de una obra, como en su caso, *Los muertos*.

Es El Uno Mismo que se desdobra en otro al paso de la página, como Marco Polo en su viaje hacia Oriente.

Nos descubrimos en nuestras tierras desconocidas, nuestros territorios prohibidos, nuestra exótica naturaleza, nuestras nuevas categorías para comprendernos.

La literatura es, realmente, el viaje a nuestro propio sentido para comprender realmente el mundo.

8. La lectura como descanso

Ante el tedio, la creación, diría Baudelaire. El ejercicio de la voluntad en el arte, diría Schopenhauer. La literatura es piedra de toque para la filosofía. Punto de quiebre en Sócrates y su crítica al libro en pro de la memoria. Culto de bibliófilos que acumulan pendientes y rutas que no se pueden surcar en un primer camino.

Leer es encontrarse. Narrar es encontrarse. Leerse, narrarse. Y en el descanso indebido, a media tarde entre la interrupción y la interrupción, el libro. Como promesa a futuro. Como presente negado. La literatura, la lectura, el texto, detiene el tiempo.

Se resuelven las contradicciones en el acto de la lectura. Se sumergen las aguas de lo profundo en cada palabra, con historia, con tramado por descubrir, con historias por contar, si se me permite una figura por demás pura.

La literatura fantástica, dice Tolkien, recupera la salud. Pero no son solo los cuentos de hadas. Ante la desmemoria, la escritura para fortalecer nuestro de donde venimos y soñar el hacia donde vamos. Ante lo trivial, lo mundano, el entrenamiento, la idea vuelta párrafo, la historia vuelta línea y el cosmos vuelto verso. Literatura que nos orienta y nos redescubre en el infinito de los signos. Es el oasis que no deja de decirnos que lo único real es la ficción, la página y el barranco.

9. Del libro como mitología

No solo como transmisor de historias. El libro es su propio testigo y protagonista.

Libro que se conjura a sí mismo: Chamanismo y creación de la ficción. Quizás por eso las condenas desmedidas, los malentendidos, las quemas públicas y los cultos secretos.

Así está Biblia. En su tiempo, escándalo y prohibida. El Quijote y su sombra. Borges y todos sus libros en un solo pasaje. Vila-Matas y la intertextualidad infinita.

Bilbo y Tolkien que dejan a sus herederos su historia, su sentido. Bradbury y Orwell que se condenan y se redimen mutuamente. Ende y su historia eterna.

Libro ficción. Libro eterno. Libro conjuro del bien y del mal. Libro que crea al lector para crearse a sí mismo.

Tautología sagrada de la letra y el párrafo.

10. La semiótica y el texto desbordado

Acercarse a la literatura desde la semiótica implica el esfuerzo de enfrentarse a un texto doblemente complejo: el que se enuncia desde la propia semiótica, que termina siendo una especie de conocimiento sectario, para iniciados, que se reproducen a fuerza de tautologías y enconos epistemológicos.

El otro esfuerzo es el de desdoblar al texto en su unidades mínimas, en sus lexías, en su búsqueda de totalidades de sentido y de acopios simbólicos. Así, el escenario ideal de esta lectura, el parámetro, es el S/Z de Roland Barthes.

La lectura encuentra entonces su placer en la encrucijada de la complejidad, en la fecundidad de hacer hablar al texto. Aunque siempre, todo texto habla, todo texto nos orienta, no solo vivencialmente, sino desde su propia independencia: el sentido que se impregna en nuestra mente y que nos permite un escape. Siempre hay semiosis en la práctica de la lectura. El placer es significativo. La lección se inaugura y se cierra sobre nosotros mismos.

11. Leer como práctica de interiorización

El monje se inclina sobre el texto. Lo transcribe. Lo ilustra. Lo lleva al anaquel y nos empuja a retomar esa práctica.

La lectura indica, también, la pertenencia a una comunidad, a un encuentro permanente con el otro. El autor. O bien con otros receptores a través de la lectura en voz alta. Pero, como indica Manguel, la lectura en la cámara del monje nos permite el autoconocimiento, el saber de donde somos, el imaginarnos fuera desde nuestro propio interior activo y pujante.

La imaginación es la loca de la casa que nos construye y nos guía. La loca que guía a los locos. La voz interior que debemos hacer aparecer, con el simple pasar los ojos por el texto. Sin necesidad de artilugios más complejos.

La lectura que se esfuerza a presentarse entera. En esos fragmentos de presente que son cada letra. Instante de tinta que nos guiña a descubrir una totalidad que nos desborda. Que nos configura, que nos hace creer que somos lo que nunca fuimos y comprendernos a nosotros mismos siendo un personaje distinto, que recreamos en lo más profundo de nuestro pensar. La magia de la lectura. La oblicuidad del texto y la configuración del espacio sagrado de la narrativa.

12. El ser en la lectura, López Quintás

Crear es transformar en ámbito los objetos. No dejarnos seducir por el simple ejercicio sintáctico de la narrativa. Las acciones de los personajes son nuestras acciones, nuestros campos de juego, nuestras visitas al espacio exterior, nuestra poética íntima.

López Quintás nos hace encontrarnos con el valor de los valores, así de redundante. Y enunciarlos interiormente desde la profundidad de *La Náusea* de Sartre o la sutiliza imperecedera de la rosa de *El Principito*.

Somos seres que se construyen desde el interior y se desdobl原因 y se reconfiguran, se resignifican desde la práctica lectora, desde la queda voz del libro que nos vuelve a identificar.

Seres que vivimos en el pensamiento de Vila-Matas. Lo que ellos viven, será nuestra vida en la ficción. Pero es lo que nos configura el sentido de la integración lectora.

En esos encuentros con los textos, lo que queda es esa sombra que arrojan nuestras palabras, diría Paz. Y en ello, se encuentra nuestro sentido.

13. **La literatura y el doblez**

La literatura del fragmento se despliega en origami. Y es magia. En cada letra, un mundo, emulando el pictograma. Una posibilidad que desborda las dimensiones enumeradas por Hawking, y que nos pertenece a cada paso, a cada lectura, a cada doblez y ocultamiento.

Nos da forma y sentido al descubrirnos como seres frágiles e inermes ante la mano del quizás.